

La labor recobrada: apuntes sobre el amor, el olvido y la escritura

Salomé Cantillo Herrera
Profesora y escritora, salocantillo@gmail.com

Y cierro las ventanas diciéndote
querido
querido y no me importa
que estés en otra cosa
y que ya ni te acuerdes.
Idea Vilariño

Tomas su mano y la acomodas alrededor del lápiz. Le pides que utilice tres dedos y no cuatro —no sabes si esta es la manera correcta de sostenerlo, pero así es como tú lo haces—. Le ofreces una página en blanco y comienza a trazar, con tu ayuda, las letras de su nombre. Así es, le dices, solo tienes que recordarlo y repetirlo y repetirlo y repetirlo. Tienen pocos meses de casados, pero tú ya conoces perfectamente los síntomas de su impaciencia: los brazos calientes, la boca apretada como un cajón con secretos, el ensanchamiento desproporcionado de la nariz. Se frustra y tienes que recordarle: primero aprenderás a escribir tu nombre y ya verás cómo en unos meses puedes enviarme una carta de amor.

Mi abuela nunca recibió la carta. Aunque era profesora de lengua castellana, y a eso se dedicaría durante cuarenta años, su esposo —mi abuelo— solo aprendió a firmar, siempre con cierta desconfianza del papel y con la imprecisión de un amanuense cansadísimo.

Hace unos meses mi abuelo sufrió un infarto cerebral. En una de las rondas médicas, mientras estuvo hospitalizado, el neurólogo tomó de la silla rimax, que habíamos acomodado como mesita de noche, un reloj y le preguntó: “William, ¿sabes qué es esto?”. Se quedó en blanco. Luego, el médico le señaló una peinilla, “¿y esto?”. Esta vez mi abuelo le contestó con la seguridad de siglos y siglos de correspondencia entre las palabras y las cosas, y le dijo: “Sí, doctor. Es un lápiz”.

No sé si ahora cuando mi abuelo se peina piensa que está escribiendo.

He notado, cuando lo acompaño a sus terapias de lenguaje, que el médico le manda pequeños ejercicios de lectura y escritura. Mi abuela no hace aclaraciones. Cuando llegamos a casa pone sobre la mesa una cartilla que todavía conserva de sus años de docencia y le pide a mi abuelo que repita, mientras apunta con el dedo la oración en caligrafía gigante:

Tu pato nada de lado.
La paloma tapa su nido.
Esa pomada sana mi dedo.

Tal vez mi abuela también ha olvidado que antes del accidente su esposo tampoco sabía leer.

El año pasado trabajé para una editorial independiente en una feria de libros. Fue agotador y no recuerdo de esos días más que el calor y la tarde en que una mujer se acercó al *stand*, casi con el mismo cansancio mío, a preguntarme por una novela: *Aún no se lo digo a mi jardín* de Pia Pera. No conocía a la escritora y el libro ciertamente no estaba entre el catálogo de la editorial; pero el título se me hacía conocido. Cuando la mujer se fue, más cansada que antes y sin libro, busqué en *Google* el nombre; correspondía al verso de un poema de Emily Dickinson. En este poema una mujer tiene un secreto. No se lo puede decir al jardín; no hay forma de confesárselo a las abejas;

mucho menos debe comentarse en voz alta por las calles. La mujer está muriendo y su enfermedad es un viaje discreto. La poeta moribunda disimula.

Leo que el libro habla sobre una escritora enferma que no quiere abandonar a su jardín. Su cuerpo muere y el jardín no deja de florecer. El jardín crece y crece y se traga la casa. Es como un cáncer. Es como un anuncio: todas sus flores van a cubrirla. En realidad, no sé si el libro trata exactamente de esto; pero quiero que trate de esto. Quiero escribirlo. Quiero llorar. Te perdono y, aun así, ¿cómo has podido escribirlo antes si ese libro era mío? ¿Te han llegado primero mis palabras? ¿Cómo? ¿Las he olvidado yo y solo ahora las aprendo de nuevo?

Sé que mi abuela va a morir y mi abuelo no va a poder escribir: “Mi esposa murió”; pero seguirá cultivando su jardín.

En la serie de siluetas de Ana Mendieta hay una en la que una mujer —Ana— aparece recostada sobre un suelo rocoso y profundo. Es una tumba. La desnudez se intuye, pero todo su cuerpo está cubierto de flores, salvo por las plantas de los pies y algunos espacios sobre las piernas y los brazos. El rostro ha desaparecido totalmente. Es una imagen ambigua: no se sabe si las flores han sido arrojadas allí o si han nacido de su cuerpo.

En otra, una silueta cubierta por una sábana arde bajo un fuego que no promete apagarse pronto. Ana lo sabía: minutos después de que tomara la foto solo iban a quedar un montón de cenizas regadas por el piso. Después iba a escribirlo Didi-Huberman: “las imágenes forman parte de eso que los pobres mortales se inventan para registrar sus estremecimientos (de deseo o de temor) y la manera como ellos también se consumen”.

Nunca voy a saber cuáles imágenes ha olvidado mi abuelo. Yo misma no recuerdo la mayoría de las fotos que he tomado hasta que vuelvo a verlas. Prevenida, deslizo el dedo sobre la galería de mi teléfono; te estoy buscando. Eso es: ahí estás. Esta foto la tomé en pandemia. Mi abuelo está sentado con el rostro formándole la mueca que tienen los rostros cuando dicen que no muestran ninguna expresión. Las comisuras de la boca se inclinan hacia abajo porque le pesan las mejillas. Tiene el ceño fruncido e intuyo que no le hacía mucha gracia la idea de la foto. Al costado izquierdo

estoy yo sonriendo y luchando por aparecer. Fui derrotada: casi todo el cuerpo me ha quedado por fuera de la imagen. Mi abuela está en el medio. Le sostiene la mano a mi abuelo como si quisiera dirigirle, ya no solo la escritura, sino también los gestos. Ella tiene la cabeza inclinada junto a la mía y ríe. Ríe amplia y dulcemente. Dos meses después el nervio óptico de su ojo derecho iba a cansarse para siempre.

La etimología de la palabra correspondencia quiere decir: *el que paga con la misma medida*. Si mi abuelo hubiera atendido a las lecciones de su amor; si hubiera esperado; si, ahí sentado, hubiera aprendido a sostener mejor el lápiz, a deslizarlo por la hoja con más soltura; si hubieran aparecido entre sus planas más y más palabras, entonces ahora podría corresponder. Tomaría un cuaderno y escribiría todas las palabras que no ha olvidado; después elegiría las que más le gusten y armaría frases. Esta es una carta de amor para su esposa. Le cuesta; después de todo no es un hombre de letras. Comienza, pero de inmediato tacha la línea: recuerda que tiene que hacer la caligrafía más grande, como de cartilla infantil. No es fácil leer con un solo ojo.

Voy a escribirte.
No he muerto y sabes que extraño tu jardín.
Soñé que te peinaba y te cubría de flores.

Mi abuela ha olvidado que su esposo no sabía leer o, quizá, ha aprovechado que su esposo olvidó que nunca quiso aprender para volver a enseñarle. De repente está ahí y sostiene de nuevo su mano, como cuando tenía treinta y dos años. Traza con cuidado las letras —ahora ella también tiembla al escribir—, esta vez va a enseñarle su nombre: Myriam. Teme. Sabe de memoria los síntomas de su impaciencia, pero los ignora. Tiene que hacerlo. El amor es la labor recobrada. 📖